

BIBLIOGRAFIA

sugereutes anotaciones el influjo de Locke en la filosofía posterior, y los elementos que han pasado a formar parte de doctrinas que aún permanecen. Basta con escuchar los elogios que le dirigen autores como Voltaire o Marx para percibir lo "utilidad" de Locke en el intento por desligar al hombre de cualquier realidad superior ese intento cuajó, en sus manos, en la elaboración de una moral exclusivamente humana, casi sin Dios. El propósito —comenta Melendo— ni era nuevo ni ha quedado todavía superado. Después de multiplicarse a lo largo de casi tres siglos, tomando formas diversas y sumando su propia virtualidad a la de otros movimientos similares, deja ver su influencia en muchos aspectos de la cultura de hoy: búsqueda indiscriminada del placer sensible, irreligiosidad, olvido de la metafísica, racionalismo crítico, subjetivismo... Naturalmente no todo ahí es de Locke. De él heredamos quizá como lo más genuino, la quintaesencia de su proyecto: el afán de dominio sobre el propio fin, la ilusión de una moral autónoma. Pero tampoco en esto Locke hizo otra cosa que actuar una de las posibles tentaciones que acompañan a la naturaleza humana. El hombre se encuentra constantemente solicitado por la tentación de constituir su propia luz natural en criterio supremo de bondad o malicia, en principio rector de sí mismo y de las criaturas materiales. Existe, sin embargo, otro camino. El de la moral auténtica,

capaz de conducir al hombre hasta la verdadera felicidad, que sólo se halla en Dios.

BARTOLOMÉ MENCHÉN

MUES, Albert, *Die Einheit unserer Sinnenwelt*, Münchner Universitäts Schriften, Wilhelm Fink Verlag, 1979, 165 págs.

Mues afronta el tema de "la unidad de nuestro mundo sensorial" preguntando por las condiciones epistemológicas de las ciencias; y lo desarrolla tocando una problemática referente a dichas ciencias. Si los científicos se comprenden como investigadores empíricos, siempre suponen sus sentidos para investigar. ¿Implica esta suposición ya estructuras que, en virtud de que el científico las acepta irreflejadamente, tienen que manifestarse como objetivas, o sea, como objetos? Si admito estructuras (por ejemplo, las de los sentidos) como dadas (justo porque no pregunto por su origen), éstas se me tienen que manifestar como dadas. Pero si descubro que ellas son productos de mis procesos de conciencia, entonces aquello que antes se me apareció como algo dado, se tiene que ver como producto de leyes, justo aquellas por las que acontece el conocimiento (tanto en el animal como en el hombre). Así, pues, no todo lo dado objetivamente o en sí es tan objetivo como aparece al científico.

BIBLIOGRAFIA

El libro se mueve, por lo tanto, en una consideración "crítica", propia de la filosofía trascendental. Sería ocioso en esta reseña comenzar a poner viejos reparos a este modo de encarar la realidad y la ciencia. Por lo que nos vamos a limitar a seguir las ideas centrales del libro.

En la obra se pueden apreciar tres aspectos en que se vertebran los diez capítulos que lo componen, aunque temáticamente no figuren así en el índice: el epistemológico, el científico-natural y el biológico-filogenético. Destaquemos sus ideas por separado.

Desde el punto de vista epistemológico, Mues explica que los sentidos nos proporcionan una multiplicidad de sensaciones, las cuales, a pesar de su carácter plural, las referimos a *un* objeto, a *un* mundo. Este carácter tan obvio de la unión de diversas percepciones sensibles, como por ejemplo la del tacto y la de la vista, así como la obvia relación causal de fenómenos acústicos a objetos visibles presupone que a nuestros sentidos precede un fundamento de unidad, el cual es la condición de que el mundo sea captado como uno. En su curso tiene el mundo objetivo que aparecer estructurado por él: el mundo no es, pues, una unidad dada previamente al percipiente, sino que *se hace* tal por la percepción. La filosofía trascendental del conocimiento ha llegado hasta el momento al resultado de que las cualidades sensibles tienen que ser en general susceptibles de ser sentidas y de cómo se convierten en sensación; y se

ha conformado con indicar que algunas cualidades pueden ser en general sentidas. Pero no ha llegado todavía a mostrar un mundo sensorial tan complejamente estructurado. Por medio del método trascendental pretende Mues mostrar que con la posibilidad de sentir en general cualidades sensibles no se ha conseguido todavía la completa separación de sujeto y objeto. Solamente en el conocimiento sensible, y cuando se objetiva este grado, puede la facultad cognoscitiva originaria crearse una distancia respecto de lo sentido por medio de una diferenciación de la percepción sensible en los sentidos particulares. Para lograr esta distancia por el camino de la separación de sujeto y objeto se requiere de los sentidos particulares.

Desde un punto de vista científico-natural, Mues indica que lo que al científico se le enfrenta como algo particular experimentable, se muestra como un objeto sensible estructurado ya por los sentidos. El físico refiere inmediatamente, por ejemplo, fenómenos acústicos a procesos ópticos. Esta ordenación causal inmediata e irrefleja de fenómenos singulares de distintos sentidos tiene su fundamento en la estructura misma interrelacional que los sentidos guardan unos con otros. El mundo no está ordenado en sí mismo de manera legal y natural; más bien, es en parte la manifestación de un orden inmanente a la percepción sensible, orden que estructura las sensaciones diversas entre sí antes de que éstas sean referi-

das a un mundo externo. El físico refiere el mundo objetivo en última instancia a elementos básicos de la representación, a partículas (las cuales a su vez, son investigados de nuevo como elementos mínimos que se enfrentan al científico). Esta base originaria (K. Lorenz), hace que podamos "poseer" los objetos y es la expresión de la estructura transcendental de la captación sensible del mundo. El mundo no es objetivo, sino que se hace así solamente por medio de los sentidos. La ordenación que se manifiesta al científico como objetiva está en parte creada por la percepción sensible.

Desde un punto de vista biológico-filogenético, sostiene Mues que la unidad perceptiva es inmediata a todos los seres vivos que conocen sensiblemente: no se aprende, pues, sino que precede a la experiencia. Es también condición de la estructura jerárquica de los sentidos. Así, por ejemplo, es impensable que dentro de la historia evolutiva surjan seres vivos que puedan ver, pero no tocar, que puedan oler, pero no gustar. El trabajo de Mues se ocupa de la ordenación inmanente de los sentidos particulares. Y refuta el extendido argumento de que solamente por adaptación al mundo externo surgen los sentidos y se estructuran necesariamente tal como son. Esta doctrina margina el hecho de que los vivientes que se despliegan por sí mismos no se adaptan al mundo externo de manera mecánica, sino de forma cognoscitiva, justo la sensible. Para escapar a la

contradicción que algunos observan en la teoría de la evolución, a saber, que de un lado tiene que suponer los sentidos para explicar la adaptación y, de otro lado, tiene que derivarlos filogenéticamente, la investigación de Mues expone una estructura de los sentidos que corre paralela a la filogénesis actual; en sus hilos principales surge un sistema de sentidos perceptivos. Muestra también cómo en la aparición de los sentidos se unen el acaso y la finalidad de la evolución y penetra en la discusión actual sobre la teoría de la evolución.

La teoría de la evolución, que Mues admite en sus líneas generales, acepta un mundo dado, "fijo", en el que se desarrollan las especies. Pero si las estructuras de la facultad cognoscitiva crean en general determinadas estructuras del mundo, entonces no debe quedar sin reproche la ingenua aceptación realista de la teoría de la evolución, según la cual el conocimiento encuentra ya estructurado el mundo. Aquí surgen ordenaciones y mundos circundantes (*Umwelten*), para especies autónomas, solamente mediante la colaboración del conocimiento y del objeto cognoscible, en virtud de la cual el último consigue propiamente una estructura determinada (pp. 20-23).

El realismo ingenuo ha acompañado a la gnoseología, a la física y a la biología. La filosofía transcendental, en la que Mues se mueve, debe responder al reto de dicho realismo. Precisamente el desmoronamiento

del idealismo alemán en la mitad del siglo XIX se debió al hecho de que las especulaciones sobre la filosofía de la naturaleza fueron refutadas por las ciencias empíricas. Esta filosofía de la naturaleza puede prosperar, a juicio de Mues, porque la parte gnoseológica de la filosofía trascendental sólo explicó y expuso de manera general la posibilidad de una síntesis entre el sujeto y el objeto (Cfr. FICHTE, *Grundlage der gesamten WL.*, § 4. Deducción de la representación, y párrafos finales de la parte práctica). Pero en la explicación de esta síntesis entre sujeto y objeto en la cualidad sensible, en la sensación (*Gefühl*, FICHTE), ocurre que hay una pluralidad de grupos cualitativos. Y Mues sienta la tesis de que tiene que haberla. Por eso mismo, la parte epistemológica de la filosofía trascendental no influye convincentemente como es debido cuando de un lado, afirma, que el mundo dado está estructurado por leyes del conocimiento y, por otro lado, queda varada en una cualidad sensible al mostrar la síntesis primaria entre el sujeto y el objeto (p. 25). Mues pretende precisamente hacer avanzar ese planteamiento trascendental.

JUAN CRUZ CRUZ

PALACIOS, J. M., *El idealismo trascendental: teoría de la verdad*, Madrid, Gredos, 1978, 232 págs.

No es fácil encontrar un autor que sepa reunir la acribia científica con un dominio seguro del lenguaje. Este ha sido siempre el ideal pero precisamente por ser *ideal*, no son muchos los que lo alcanzaron. En nuestra época y en nuestro país la pregunta que cabe hacerse es si son muchos los que de verdad se proponen alcanzarlo.

Uno de esos "raros ejemplares" que lo intenta es Juan Miguel Palacios. El que lo conoce desde hace años sabe cómo Juan Miguel Palacios ha realizado un trabajo que no buscaba colocarse cara a la galería, con fáciles efectismos sino que pretendía tallar una obra bien hecha, en la forma y en el fondo. Pero en él cabe sobre todo destacar una gran pasión por la verdad, que le ha llevado a estudiarla en sí misma, desde hace años, como lo muestran diversos trabajos ya publicados o que esperan su publicación aún.

Así pues, esta obra recientemente editada: "El idealismo trascendental: teoría de la verdad" es un jalón más en ese ya no corto camino de Juan Miguel Palacios hacia las fuentes de la sabiduría.

La obra supone una original aportación, pues no se había llevado a cabo hasta el momento ningún trabajo científico que rastrease la concepción kantiana de la verdad entre la intrincada jungla de los escritos del filósofo de Königsberg. El autor da muestras de un seguro dominio del tema, por la facilidad con que sabe disponer las coordenadas de la investi-